



## LA EVOLUCIÓN DEL TRABAJADOR

Por M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón

*Siempre se lo dije, desde bien pequeño: “Eres demasiado delgado, Antoñito”, pero él nunca me hizo caso. Ya se sabe, los consejos de las madres entran por un oído y salen por el otro. Y ahora se da cuenta de que cuando su padre o yo decimos algo es porque de verdad sabemos de qué van las cosas, ¿no piensa usted igual, doña Avelina?.*

Don Nicolás tiene el tamaño desbordado que sólo la ingestión desenfrenada de las “delicatessen” hipercalóricas puede dar. El traje a medida le da sin embargo un aspecto proporcionado de hombre fuerte que en realidad no es. Por el contrario, el tejido adiposo domina avasalladoramente al resto, y eso a pesar de los continuos consejos para una vida más sana de su equipo médico, pero él ha llegado a ese momento deseado por todos donde puede hacer lo que le dé la gana y si, como es el caso, hay un superávit de grasa, hay también un montón de clínicas especializadas en el extranjero dispuestas a quitársela por los medios más indoloros.

Otra de las grandes aficiones de don Nicolás son las mujeres rubias con formas voluptuosas. Por eso no es extraño que haya aceptado mantener una entrevista con Celia, aunque se trate de una simple becaria del periódico *El Día*. Su juventud de recién licenciada no puede ocultar unas formas que su entrevistado califica de “real hembra” y que incluso asoman en la foto escueta de su carnet de prensa. Así pues, va a recibir a Celia al margen de su todavía nulo prestigio y carencia de nombre.



Antonio y su novia Luisa hacen el amor en el dormitorio de ésta cuando sus padres van a las clases de bailes de salón de la Asociación de Vecinos. Son alrededor de dos horas que, bien aprovechadas, dan para bastante, pero que hoy sólo encuadran ese conjunto de suspiros e inquietudes varias que Antonio deshilvana en el apoyo protector del hombro de ella. Luisa lo abraza como si estuviese protegiendo a un hijo. En esos momentos casi lo ve así, tan inerme y dubitativo, preso aún en sus facciones de niño asustado.

—Y el problema es que ésa es la empresa más potente del sector, de eso no hay duda —repite él, al igual que la docena de veces anteriores.

—Tu verás, Tonio —también repite ella con sus argumentos ya agotados, desde los mas radicales a los más sibilinos.

—Y con eso solucionábamos nuestros problemas. Incluso podríamos dar la entrada para un piso. Esos de la Carretera Vieja están muy bien.

—Pisos hay muchos, Antonio. Se trata de pensar bien las cosas —insiste Luisa retomando su tesis principal.

—Como piense más en todo esto voy a enloquecer —se rinde él.

Don Nicolás observa a Celia, tímida en la inmensidad de la butaca de cuero donde fue instalada. Tal y como había supuesto, entra por méritos propios en su categoría predilecta de “real hembra”, aunque lleve un traje de chaqueta de líneas masculinas, cosa que él considera una verdadera lástima. La joven periodista manipula torpemente su magnetófono.

—Bien, señor Da Garrida —dice por fin-. Si no le importa, voy a grabar la entrevista.



—Mejor, don Nicolás.

—¿Perdón?

—Llámeme don Nicolás. Todo el mundo me llama así.

—Como quiera —acepta ella con su timidez en posiciones de alerta. Por muy novata que sea, sabe que en las entrevistas nunca debe permitirse al entrevistado hacerse con ellas- ¿Qué me puede contar de los inicios de su empresa?

—Es un tema tan hablado... —masculla el con gesto soñador-. Ha pasado mucho tiempo de todo aquello.

Son interrumpidos por una chica del ejército de secretarias que entra con el café encargado por el jefe. Sirve en completo silencio las respectivas tazas y con una gran precisión pese a su falta de dedos en la mano izquierda.

—Esto es todo. Gracias, Sandra —corta don Nicolás con una sonrisa de lado y da un sorbo prudente al líquido negro antes de continuar.

—¿Decía de los inicios? —anima Celia.

—Como todos los inicios, fueron bastante duros, ¿sabe? Yo era un chico sin estudios, y tuve que luchar muchísimo desde el primer trabajo en la tienda de mi tío, que a mí nadie me regaló nada.

Celia prefiere tomar un par de notas con letra ininteligible a hacer el comentario que bulle impertinente en la punta de su lengua. Trae hechos los deberes, y el recuerdo del timo legal de ese hombre que ahora parece contar un cuento de Dickens con sus propias palabras es demasiado poderoso para olvidarlo sin más durante la entrevista. Por todos los adornos y justificaciones históricas o similares posibles, ese gordo con traje a medida preparó un conjunto de trampas



que dejaron en la calle al tío, despojándolo de la tienda de barrio que regentaba desde hacía más de veinte años, y ella aún disfruta de una ética de estreno y en volumen bastante generoso a la que repugna dicha estrategia.

—Es muy interesante —masculla como frase obvia que no puede evitar cargarse con un punto de ironía.

*Y, ¿sabe, doña Avelina? De tres hijos, Antonio es el más listo de todos, y no es pasión de madre, creo yo. Sólo hay que ver lo bien que sacó la carrera, con ese montón de notables y sobresalientes. Y lo bueno que es, siempre dispuesto a echar una mano. Es triste por eso ver como le fue hasta ahora. Siempre con esos contratos de mierda, malpagado y sin futuro ninguno. Con las ganas que tiene de irse a vivir con su novia. Otra que tal, la pobre Luisa. Ya va por la tercera o cuarta oposición, y siempre carga en el último ejercicio, con lo estudiosa que es ella también. Y que la llaman cada vez menos de esas listas de sustituciones, se ve que la gente no deja el puesto como antes. Pobres, juntos desde pequeños y sin un lugar donde caerse muertos. No me extraña que ahora mi hijo ande como loco. Es tan buena oportunidad...*

Don Nicolás expone sus recuerdos con el preciosismo de una obra barroca. Al margen del importante porcentaje de mentira de su discurso, a Celia le resulta insufrible el tono de pionero de nada con que ese hombre se ha disfrazado desde sus primeras frases. Lo cierto es que otros compañeros de redacción ya la habían advertido de esa forma de hablar, pero ella había decidido ejercer de buena periodista y esperar acontecimientos antes de hacer juicios previos sobre el entrevistado. Para su desgracia, la advertencia tenía la molesta irrefragabilidad de lo obvio.



—Si, señor. Lo que yo trabajé no lo trabajó nadie –resume de nuevo el entrevistado-. Ahora mi empresa es la más importante en su sector, y eso se consigue con una política laboral como la mía, entre otras cosas, eso está claro. Ahora que todo el mundo entra y sale de las empresas, yo puedo presumir de la mayor proporción de contrataciones indefinidas. Hay gente que lleva conmigo más de treinta años, si hasta tengo ahijados de algunos empleados. Y todo porque hay una confianza ciega, como quien dice.

—Sin embargo, los sindicatos presentaron el año pasado una queja por el despido de veinte trabajadores de una sucursal de los arrabales, ¿no es así?

Don Nicolás le lanza una mirada que podría cortarla por la mitad si llevase siquiera un poco de metal. Ella se ha arrepentido al momento de la pregunta pero, por otro lado, la imagen de Olga se ha posado entre las más aburridas de sus borradores con las cuestiones de la entrevista y, ante eso, se ve en la obligación de hacerle un mínimo homenaje.

—Como siempre, hay grupitos dispuestos a molestar aunque todos estén de acuerdo. Esa sucursal fue idea de un directivo que luego se largó cuando las cosas empezaron a ir mal y nosotros tuvimos que arreglar el asunto de la forma menos mala, así que hubo que montar todo un sistema de indemnizaciones para nuestros colaboradores, y no les ha ido tan mal, creo yo. Si incluso algunos pusieron negocio propio.

Cuando los padres de Luisa llegan, la joven pareja está sentada en el tresillo de la sala viendo un programa de la televisión del que ni siquiera saben el nombre. A los padres de Luisa les cae muy bien Antonio, de hecho, le quieren como a un hijo, aunque no soportarían muy bien la idea de que sus clases son aprovechadas



por ese chico de aspecto frágil para distintos intercambios sexuales con su propia hija y en su propia casa. Si bien no son tontos y saben que un noviazgo tan largo necesita de mucho más que el mero visionado conjunto de programas de televisión, o de películas en el Día del Espectador y también de bastante más que paseos vespertinos por el parque bajo los árboles, son de ese tipo de gente que prefiere seguir con la idea de que su descendencia continua instalada en una niñez eterna y, por tanto, de caracteres y tendencias asexuadas.

—Hombre, Antonio, ¿cómo te va? —dice el padre alegremente como saludo. Hacía tiempo que no venías por aquí —remata con un tono inocente en exceso, pero Antonio sufre en esos instantes de agobios reconcentrados que no le permiten mayores suspicacias.

—Ya ve, como siempre —contesta en un susurro. No quiere repetir el motivo de sus preocupaciones, bastante castigó con él a la hija para ahora emprenderla con los padres. Hasta ahí llega su respeto a los que un día quiere ver como suegros.

—¿Qué tal la entrevista de trabajo de esta mañana? —pregunta la madre, y a punto está de provocar que el muchacho caiga en un ataque de nervios, estos torturados por una tensión propia de las cuerdas de una guitarra.

—Como siempre, no se sabe —viene Luisa en su ayuda, perfecta conocedora tanto de las condiciones de Antonio como de la falta de tacto habitual que de vez en cuando muestra su madre-. Antonio y yo vamos a tomar un café al bar de Trini. Vuelvo enseguida —concluye en una decisión que ni siquiera ha pasado por su cabeza, más bien parte de su sexto sentido frente a las situaciones complicadas, y sabe que en esos momentos puede prepararse una.



Celia ha decidido que, finalmente, va a aceptar el puesto en Deportes. Le da igual que de esa forma se tire a la basura una de las ilusiones que arrastraba desde el mismo instante en que eligió su profesión. Acaba de darse cuenta también de que no tiene ánimos para aguantar otra entrevista con cualquiera similar a este don Nicolás que sigue recreándose en la reinención de su biografía, así que otra sección será moralmente más llevadera.

—Mi empresa tiene el mayor número de empleados entre todas las de sus características —continúa él entusiasmado en la elaboración de su hagiografía particular—. No es de extrañar que los compañeros de la Confederación de Empresarios me diesen el Premio de Empresario Modelo hace tres años. No es por presumir pero, realmente, me lo merecía.

En un nuevo asalto por sorpresa, el recuerdo de Olga vuelve a gritarle que tiene que hacer algo. Puede que un golpe de efecto, incluso una reacción teatral como ponerse en pie y salir. El recuerdo de Olga es de esos que continúan incitando con terquedad a pesar de toda la prudencia de quien los sufre. En un primer momento le ha provocado un sudor frío que recorre su espinazo y que casi le hace frotarse contra el respaldo de la butaca. Celia es persona con un buen autodominio, pero también es mujer que no olvida su origen, ni de donde viene, ni con quien está. Por eso se siente como quien va a bucear varios largos de piscina cuando formula su siguiente pregunta a ese hombre al que hace rato que está deseando dejar en evidencia, quizás desde el mismo instante en que entró en ese despacho. El recuerdo de Olga actuará como el tótem de las viejas tribus al que se encomendaban antes de las batallas.



—Pero, en los últimos tiempos, su política de contrataciones ha sufrido importantes cambios, ¿no? —pregunta lentamente, inmersa en una especie de borrachera vertiginosa—. Me refiero al cierre de algunas instalaciones, al margen del tema de esa sucursal de los arrabales, quiero decir.

—Ya se sabe, las crisis del sector... —masculla don Nicolás con prevención—. A veces, es necesario abaratar costes mudando las instalaciones de sitio, eso lo hacen todos hoy en día, ¿no?

Siguiendo la lógica de los remedios tradicionales, Antonio pide una tila cuando Trini se les acerca con su sonrisa desmayada. La dueña del bar ya está demasiado cansada a esas horas como para intentar enterarse de qué hace su parejita favorita a esas horas tan raras en su local, por lo que enseguida los deja tranquilos. Luisa toma las manos de su novio, tanto como demostración de cariño como para intentar parar el temblor con que son castigadas desde hace un rato.

—Antonio, esto es una locura —dice, ya rendida ante la tensión acumulada en esa tarde—. Pase lo que pase, tú vas a acabar mal de los nervios. Dales largas y espera a que yo me presente a las próximas convocatorias de administrativa. Esta vez tengo bastantes puntos.

Él la observa como si de repente se encontrase con una extranjera que no entendiese el idioma. Siente deseos de soltarse pero en esos instantes continúa precisando todo gesto de apoyo, por mínimo que sea.

—¿Cómo les voy a dar largas a esos?, ¿con quién crees que estoy tratando? —exclama horrorizado— Esa gente podría hacerme la vida imposible si quisiera, y está claro que no les iba a caer muy bien que alguien les diese largas. Maldita sea, Luisa, esta es una verdadera posibilidad. Es algo real, no como tus exámenes



oficiales que nunca acaban en nada. Es un contrato indefinido, por el amor de Dios, ¿ya no sabes lo que significa algo así? Pues nada menos que no estar pendiente el resto de la vida de donde ganar cuatro cuartos, nada menos que eso. Como para estar esperando por nada tuyo.

Luisa sí ha soltado las manos, como si le quemasen. No reconoce a ese joven de aspecto fiero con quien hace sólo una hora compartía besos y abrazos no por bien conocidos menos emocionantes. En realidad, cree que es un extraño y no el Antonio de toda la vida el que acaba de hierirla con esa navaja dialéctica que ha entrado en su ánimo tan profundamente. Las lágrimas van a empezar a correr sin control de un momento a otro, pero no va a dar esa satisfacción al desconocido con la cara de su novio, así que se levanta en un salto y en ese mismo impulso echa sobre la mesa las monedas que pagan su café.

—Mañana tengo que madrugar, así que me marcho. Llámame con lo que decidas, ¿vale? —dice con un tono razonablemente tranquilo. El agobio de Antonio continúa en unos niveles tan elevados que sólo le permite comprender el enfado de su novia cuando ésta sale del local sin despedirse de nadie, al contrario de otras ocasiones en que más parece un político en campaña. Sabe que debería correr tras ella y pedirle perdón, caer de rodillas a sus pies incluso. Ella fue siempre el pilar de todo, la razón primera y la razón última, pero está demasiado cansado para hacer algo así. Aún acaba su infusión y cuenta moneda a moneda el dinero para pagarla antes de salir de allí. Duda entre volver a la casa de ella o irse a dar un paseo. Son sus pies los que finalmente toman la iniciativa, y se encaminan al paseo del puente hecho por los alumnos de la penúltima Escuela-Taller que hubo en el pueblo y



donde no le dejaron participar alegando su elevado nivel de estudios, como si esa fuera la respuesta irrefutable en el cruel mercado laboral.

Don Nicolás está planteándose seriamente la postura a adoptar con la aprendiz de periodista. Le provocan una atracción especial las reales hembras de comportamiento agresivo. Para él son el summum del sex-appeal pero, por otro lado, no está dispuesto a soportar interrogatorios en su propio despacho. La chica lo contempla con una ferocidad que incluso le ha provocado cierta inquietud, pero es hombre que cree que todo lo suple la experiencia, y él tiene mucha, así que concluye que no tiene por qué preocuparse por las preguntas impertinentes de una novata. En definitiva, piensa, periodistas de mayor categoría acabaron quedando en un silencio respetuoso en su presencia como corresponde con un hombre de empresa como él.

—Actualmente, ¿sigue con la opinión de mantener un equipo de trabajo estable? —pregunta ella con un tono más propio de un sargento de policía.

—Por supuesto que sí. Es imprescindible contar con gente de confianza, y eso no se tiene si el equipo está entrando y saliendo.

—Y usted hace la última entrevista —el tono de ella empieza a ser más propio de la inteligencia militar en tiempos de guerra.

—Mire, señorita. Si he llegado al punto donde ahora estoy es porque siempre tuve la precaución de controlar los detalles de verdad importantes y, como comprenderá, la contratación para un puesto de relevancia debe ser controlada siempre por el propio jefe, ahí no valen las delegaciones. La filosofía de la empresa es tener a gente dispuesta a darlo todo por ella. A cambio se les pagará



generosamente, y eso yo debo comprobarlo en persona. Tengo experiencia suficiente para distinguir de entrada a los buenos trabajadores.

Empieza a pensar que no ha sido tan buena idea aceptar la entrevista con esa chica. Ya había perdido la costumbre de ser rebatido y ahora esa que en un primer momento catalogó como posible candidata a montura voluptuosa en el hotel habitual le está mostrando una acritud desconocida. Ella escribe en su libreta con saña, la planicie de su frente quebrada por las venitas que sobresalen por la tensión. Don Nicolás es de esos invencibles al desánimo, por lo que piensa que ése es un atractivo más, merecedor de una prórroga frente a otras posibles groserías inmediatas. De no ser por eso, habría presionado la tecla de color rojo del teléfono que lo conecta con los servicios de seguridad y, sin más, habría mandado a la pareja de guardias jurados que la echasen de allí sin contemplaciones.

—¿Cómo definiría usted su política de empresa, don Nicolás? —Celia vuelve a la carga con un temblor en la voz ligeramente perceptible. Él empieza a perder la paciencia de verdad, pese al conjunto de factores atractivos que tanto le gusta apreciar en las mujeres y que en este caso alcanzan una excelente puntuación, pero aún contiene la mano que ya reptaba hacia el rojo estridente en medio de los tonos marfil.

*Ya lo sé, doña Avelina, que todo debe estar dentro de un orden, pero no me podrá negar que quien tiene todos los ases puede hacer lo que le dé la gana. Eso siempre fue así y siempre lo será. Hoy en día, las cosas están muy mal en todas partes, así que hay que saber apandar con lo que venga, y dejarnos de pamplinas de reivindicaciones y todos esos líos. Ya ve de qué le ha valido a mi pobre Antonio estar en reuniones estudiantiles y participar en encuentros y todas esas pérdidas de*



*tiempo. Casi treinta años y sigue sin un trabajo decente para poderse casar con su novia de toda la vida y marchar de casa que, a veces, cuando está con nosotros viendo la tele, más parece que estuviese preso, tal es su cara. Por supuesto que tiene que buscar algo y marchar de aquí, eso está bien claro, y si por el camino tiene que hacer algún sacrificio bien estará también. Los pobres tenemos que dejarnos de historias y buscarnos la vida lo mejor que podamos. Esos que hablan de pelear por derechos son muchas veces unos hijos de papá que llevan más dinero en la cartera un fin de semana que todo el que pueda ganar mi Antonio en meses. Así también protesto yo. De verdad, doña Avelina, no me lo tome a mal, pero a veces se nota que usted es una funcionaria sin preocupaciones de dinero para llegar a fin de mes. No se lo digo por mal, de verdad, ya sabe que todos nosotros le tenemos mucho aprecio, que es nuestra vecina favorita, pero comprenda que esa ética y esos principios de poco le sirven a mi Antonio cuando va cada semana a la Oficina de Empleo y allí me lo mandan de vuelta a casa sin nada. Es una decisión que tiene que tomar él solo, pero le juro que estoy deseando que acepte ese demonio de oferta, vaya si no. También él tiene derecho a su propia vida de una vez, y eso es algo que nosotros no le podemos dar, a ver cómo, con un padre a punto de jubilarse y una madre ama de casa que bastante hace con llegar a fin de mes.*

Celia se siente próxima al desmayo y sus tradicionales problemas de nervios al estómago también quieren hacer aparición. En resumidas cuentas, no está en la mejor situación para continuar con su entrevista, pero el tótem-Olga es la fuerza esotérica que le hace continuar el interrogatorio con una precisión quirúrgica pese al molesto temblor de voz que ya sabe evidente. El entrevistado le tuerce el gesto



con el cansancio de quien ya se ha aburrido del juego pero que desconoce cómo salir de él, aunque ella sabe perfectamente que el mismo concluirá cuando decida llamar a cualquiera de sus empleados. Consecuentemente, deberá darse prisa.

—Vivimos una importante crisis en el sector, así que sólo se pueden mantener los puestos estrictamente necesarios si queremos que las empresas sigan funcionando —masculla don Nicolás de peor humor que cuando empezó—. Aún así, yo continúo con una política de nuevas contrataciones en los puestos técnicos y de administración, es decir, no sólo mantengo a la mayoría de los viejos empleados sino que, además, cojo otros nuevos, sobre todo gente joven, y siempre con la posibilidad de la contratación indefinida.

La sección del cerebro de Celia que lleva el tema de la lógica pugna con los dos extremos de la nueva mansión que ese hombre se está construyendo en la playa con todo tipo de detalles de opulencia y la idea expuesta sobre la equivalencia entre restricciones laborales y la marcha de la empresa, pero la sección que lleva los temas profesionales viene a recordarle que debe llevar a cabo la entrevista lo antes posible, así que prefiere archivar para momentos posteriores tal contradicción y sus consiguientes resoluciones.

—¿Cuál es su filosofía en esa política de nuevas contrataciones de que me habla? —vuelve al ataque, aunque ya más tranquila.

—Muy simple —contesta don Nicolás con el gesto también más relajado—. Busco, por lo general, gente joven, de buen expediente académico y, a ser posible, con alguna experiencia laboral, que pase primero las pruebas de mi comité de selección...



De nuevo el recuerdo de Olga se entromete en el discurso que Celia intenta registrar de la forma más fidedigna posible y consigue que esta tenga de nuevo una sensación de vértigo. Sabe que eso no va a acabar bien pero, por otro lado, quiere ser leal una vez más a sus orígenes así que, confiando finalmente en la fiabilidad de la grabadora, empieza a redactar una y otra vez las preguntas que de verdad desea hacer en una esquina de su cuaderno. Don Nicolás está lanzado y explica con orgullo su política de contrataciones. En esos momentos parece incluso con un volumen más abundante, con los botones del cuello de la camisa próximos a saltar, y el color de su cara entusiasta tiene unos brillos extremos que parecen iluminar la bondad de sus principios generales.

—Quiero gente que de verdad viva la empresa, ¿comprende? —continúa, incitado por ese entusiasmo— Que sepan que lo importante no es el sueldo, sino los retos de una compañía puntera. Por eso quiero ser yo quien haga las entrevistas definitivas, ¿comprende?

Es interrumpido en su discurso por otro de los incontables secretarios del hall que entra cojeando y sin mirar siquiera a Celia, se acerca a él y le susurra algo al oído. “Pues que lo rechacen sin más, habla con el abogado”, alcanza a escuchar la periodista pese a los esfuerzos porque la orden sólo sea oída por el empleado. Éste asiente en silencio y marcha de allí con una cojera más pronunciada, quizás por el peso de las órdenes definitivas que ahora transporta.

—Hablábamos de su política de contrataciones —insiste Celia, prefiriendo continuar con su programa de trabajo.

—Cierto —asiente don Nicolás, complacido en retomar temas más agradables para él—. Pues, como le decía, si yo hago la entrevista definitiva es porque quiero



estar cara a cara con la persona que, al final, es lo que importa, y que sea ella quien de verdad me diga lo que está dispuesta a hacer por su puesto, ¿comprende? Estoy harto de pelagatos que llegan con la única idea de cobrar el sueldo a fin de mes por cuatro cosas mal hechas. Para eso hay gente de sobra. Ya estoy aburrido de escuchar a sindicalistas y gente de esa clase que los empresarios somos los malos de la película y que nos aprovechamos del trabajo ajeno. Luego los contratas y no hacen más que estar pendientes de la hora de marchar y de tener ingresado su sueldo a fin de mes. Quiero trabajadores capaces de hacer progresar a la empresa, que no duden en sacrificarse por ella si es necesario. Yo sabré agradecerse. Mis salarios son de los más elevados del sector, sin contar el alto número de contratos indefinidos, pero todo eso tiene que venir basado en mi confianza. Aquí sólo se cogerán aquellos que yo haya comprobado que valen para el puesto, que lo den todo por él.

—Sin embargo, esa filosofía tuvo cierta polémica, ¿no? —interrumpe Celia. Su pregunta ha sido hecha de la manera en que la formularía un observador imparcial pero tiene la rotundidad de las pasiones recuperadas. Acaba de comprender que nunca servirá para el trabajo para el que lleva años preparándose. No mientras fantasmas como el de Olga no se lo dejen desarrollar en paz. Ahora debe dejarse caer por el tobogán del homenaje definitivo a esa imagen que quizás así marchará y olvidar la ocurrencia molesta de que no deja de ser un fracaso demasiado precoz. Don Nicolás parece estar cambiando peligrosamente de color, de hecho, su enrojecimiento progresivo le hace comprender que ha pulsado la tecla apropiada y que puede que por fin se abra el abismo que lleva rato temiendo y, a la vez, deseando.



A Antonio le gusta mucho caminar. Es capaz de hacer varios kilómetros seguidos a paso ligero sin parar. Incluso llegó a participar en el equipo de marcha en sus años universitarios. Es una afición barata y fácil de realizar. A solas o, mejor, acompañado de Luisa. A ella también le gusta andar. Eso les ha ahorrado un dinero considerable en otro tipo de distracciones. Quizás ahora sea el momento de hacer igual que todo el mundo y empezar a ir al fútbol y cosas así, piensa, al menos habrá dinero para entradas. Pero también recuerda, como molesto clavo en el ánimo, el disgusto de Luisa. Son muchos años, y sabe perfectamente que en esos mismos instantes ella debe estar encerrada en su dormitorio llorando en silencio mientras los padres ven sin sospechar nada el concurso diario de la tele en el mismo tresillo del salón que ellos ocupaban antes de que llegaran. Luisa es así, un compendio de ternura e inteligencia que en esos momentos va sobrado del primer elemento. En su historia en común nunca habían tenido un dilema como el que ahora le ha hecho caminar hasta el puente, y no puede dejar de pensar que resulta inquietante que no hayan sabido debatirlo hasta sus últimos extremos. Es una duda que podría empañar cualquier proyecto común posterior, de hecho, lo único que se le ocurre es telefonarla y continuar la discusión, pero sabe que los nervios no le dejarían llegar a ninguna parte. Por el contrario, podría suponer el principio de una carrera de reproches mutuos que no se han hecho en años, y eso le asusta mil veces más que cualquier decisión a adoptar.

La luz de las farolas da un tono amarillento a la tarjeta de visita ya bien sobada. Continúa mirándola, aunque sabe de memoria su exiguo texto, se ha convertido en el recuerdo permanente de su pesadilla y, a la vez, de lo que desde esa mañana interpreta como una de sus últimas esperanzas. El pequeño recorte



rectangular le reclama la decisión. Aún dispone de un par de horas de margen para llamar al número de la esquina inferior derecha, pero va a rechazar esa espera final, prolongación de la agonía que lo consume. Quiere salir de ese puente con la respuesta definitiva para planificar el resto de su vida o, como mínimo, de los próximos años. Empieza a sentir una jaqueca gigantesca, acompañando como socia al temblor de manos cada vez más pronunciado. Comprende con amargura que nunca había sentido tanto miedo, un temor que está mezclado con cierta ilusión impertinente para ese momento. Va a tomar la decisión, y lo que más lamenta es que Luisa no está a su lado cuando se dirige a la cabina que espera en la esquina de la calle como un patíbulo. Mientras prepara las monedas y cruza la carretera que lo separa del cubículo de cristal y metal piensa con un pánico inesperado que quizás su relación con Luisa acabe por sufrir un enrarecimiento que haría inútil lo que va a emprender, pero ya está demasiado cansado para recapitular.

Don Nicolás atraviesa en esos instantes la fase donde se palidece con la ira. Es un espectáculo inquietante, aterrador, incluso. De todas formas, vuelve a alcanzar rápidamente el enrojecimiento brillante que caracteriza sus facciones. La experiencia de que presume, sin embargo, hace sonar su voz bastante tranquila.

—Empiezo a estar harto –masculla con odio-. Uno intenta llevar su negocio de la forma más acorde a su filosofía y siempre tienen que surgir algún rencoroso dispuesto a llenarlo de mierda.

—¿No es cierto que está en el juzgado una queja de personas que se sintieron amenazadas por usted en esas entrevistas? –continúa Celia en esa línea, casi fuera de sí, con el recuerdo de Olga animándola- Me refiero a sus exigencias en



las entrevistas finales de selección. Se habla de asuntos verdaderamente depravados, ¿no?

Don Nicolás no deja de recordar que hay que estar a bien con la prensa así que, en vez de presionar definitivamente la tecla roja, prefiere dar una ultimísima oportunidad a quien definitivamente no va a ser su acompañante a la habitación de hotel habitual. Rescata por ello el tono digno de las ocasiones importantes para poder rebatir en consecuencia.

—Señorita, usted está teniendo una falta de respeto considerable. Recuerde que éste es mi despacho, y que está aquí invitada –dice lentamente-. Por lo que se refiere a las quejas de mi comportamiento en las entrevistas de selección, es un tema que está en manos de mis abogados y ellos van a llegar al fondo del asunto. Empezarán cuanta acción legal sea necesaria para darle una lección a esos individuos que han propagado tales falacias, seguramente para intentar conseguir un dinero que nunca van a tener. Es cierto que yo soy bastante duro en el tono de mis entrevistas de selección, y que en más de una ocasión puedo sonar incluso amenazador pero, como le he dicho, yo quiero a gente buena de verdad para mi empresa y que sepa darlo todo por ella, así que no me sirven esos blandos que a las primeras de cambio se esconden en cualquier esquina llorando por su madre, ¿comprende? Y para eso los pongo al límite en esas entrevistas pero de ahí a que digan que soy un depravado... Créame, señorita, estoy dispuesto a echarle a patadas si vuelve a hacer una indirecta tan grosera.

A Celia le estalla la cabeza, sabe que ya no le quedan muchas oportunidades, de hecho, será milagro que reste alguna, y ahora ese hombre ya ha tomado sus posiciones, lo que hace el asunto mil veces más difícil. Es de quienes



creen que una retirada a tiempo es una forma de victoria, pero ese axioma va a descafeinarlo ligeramente ante el empuje que sigue teniendo el recuerdo de Olga, sonriente en la neblina de la memoria.

—Perdone, señor Da Garrida —masculla serenando la voz—. Si le parece, dejaremos el tema del trabajo y pasaré a otros más personales. Nuestros lectores tienen interés en conocer cosas sobre sus aficiones.

—De acuerdo —acepta él, aún bastante molesto.

Celia vuelve a respirar hondamente. En la esquina superior derecha de la hoja de su cuaderno espera con letra minúscula la lista de preguntas definitivas redactada unos minutos antes como una serpiente estirada. Vuelve a leerlas aunque las lleva grabadas en el pensamiento, es lo que pasa con esos elementos que significan la ruptura definitiva con algo.

—Es usted conocido como un gran gourmet —don Nicolás asiente complacido— ¿Es cierto que va a pagar la edición de un libro de recetas del cocinero del “Nueva Crobuzón”, Lisardo Valente?

—En efecto, así es. Soy un gran aficionado a las recetas innovadoras con ingredientes poco habituales y ese cocinero es uno de mis favoritos en el campo de la Nueva Cocina. Me encantan sus recetas de carnes, tan originales. Creo que es bueno apoyar a gente así, no dejan de ser unos creadores —contesta orgulloso.

La imagen de Olga le ordena que dé el golpe definitivo, así que Celia vuelve a tomar otra gran bocanada de aire. “La suerte está echada”, piensa absurdamente.

—Es curioso que decida financiar a una persona acusada de organizar banquetes donde se sirven animales en peligro de extinción como plato novedoso.



—Eso son habladurías –contesta don Nicolás, ya con su mano emprendiendo viaje hacia la tecla roja.

—Sí, supongo que habrá mucho de eso, pero se comenta que en su restaurante se han servido esos platos a clientes selectos que habrían pagado muchísimo y entre los que se encontraría usted, sin contar con que usted lo llama a su casa de vez en cuando para que le prepare unas carnes especiales de procedencia desconocida, eso lo comentaron antiguos miembros de su servicio a otros medios de comunicación, ¿no?

Don Nicolás presiona con tanta fuerza la tecla roja que casi la hunde hasta la mesa. Mientras los guardias de seguridad cogen a Celia como si fuese una pluma y le llevan a rastras hasta la salida, esta decide que va a llamar a su hermana al hotel de Canarias donde trabaja haciendo camas nada más tenga ocasión y que le va a contar la venganza que ella ha llevado a cabo en su nombre por su despido a traición de la sucursal. “Olga”, dirá, “puse contra las cuerdas a ese cabrón”. Sólo cuando aterriza en la acera frente al edificio de la compañía se da cuenta de que es una venganza demasiado ridícula para pagar la trayectoria descendente de promesa en la administración al desesperanzado puesto básico en la hostelería tras varios meses infernales de depresión sobrellevados con kilos de Prozac y que probablemente acabará contándosela en persona a la interesada, pues su futuro profesional acaba de ser cerrado. En todo caso, mantiene esos niveles de orgullo propios de la edad que le dictan que es preferible hacer camas en Canarias que mantener los silencios cómplices en casa. La euforia no le permite pensar que el objeto de venganza sigue en el despacho de muebles caros simplemente con el humor algo avinagrado y ya empezando a olvidar lo ocurrido. Probablemente en



pocas horas reciba una llamada del redactor-jefe del periódico pidiendo las más humildes disculpas por la grosería de la entrevistadora enviada junto con la firme promesa de medidas ejemplares para que lo sucedido no se vuelva a repetir.

Entre los nervios y la oscuridad de la cabina, Antonio se confunde un par de veces con el número, con el importante incordio que eso supone de deglución de monedas por el aparato. A la tercera consigue que la voz nasal de la secretaria que otras veces le ha atendido conteste.

—Soy Antonio Rodríguez Liboreiro. Quedé en darle contestación al señor Da Garrida —dice de corrido para que no se note el temblor de su voz. La secretaria le pasa sin más explicaciones a otro teléfono.

—¿Sí? —sale una voz grave que él identifica como la del secretario cojo que lo pasó al gran despacho.

—Soy Antonio Rodríguez, quería hablar con don Nicolás. Quedamos en que lo llamaría.

Mientras la voz grave va a consultar algo, el mundo parece detenerse. La aceptación tiene el sabor amargo de la derrota sin paliativos, pero el cansancio ante todo lo que le promete la no aceptación es infinitamente más paralizante. Quiere descansar y, a ser posible, con Luisa a su lado, pero en esos instantes desea simplemente que su cabeza deje de dar vueltas.

—¿Antonio? —dice una voz al cabo de un par de minutos- Soy don Nicolás, ¿qué has decidido sobre lo hablado en nuestra entrevista?

—Verá, yo... Yo creo que voy a aceptar el empleo pero...

—Eso es estupendo, me gusta la gente decidida. Pasa mañana por aquí y lo arreglamos.



—Pero, don Nicolás, eso que quiere que haga es algo brutal. No está bien —la protesta viene más de la inercia de sus tiempos de estudiante reivindicativo. Su tartamudeo delata demasiado la cobardía que lo viste.

—Tú mismo —contesta la voz de su futuro jefe—. Como ya te dije, quiero gente dispuesta a todo por mi empresa, y eso significa hacer todo lo que yo le pida, porque yo soy la empresa. Al fin y al cabo, gracias a mí existe esto. Te voy a hacer un contrato indefinido, y vas a empezar con un sueldo bastante bueno que, según trabajes, irá aumentando anualmente. Te doy lo mejor y sólo te pido una simple cosa, porque yo no dejo de arriesgar mi patrimonio con cada nueva contratación, ¿y tú ahora me vienes con las dudas? Pues olvídalo, hay cientos de candidatos esperando.

—Pero, señor, usted me pide que me deje cortar los dedos del pie —clama Antonio desesperado.

—Ya ves tú. Sólo te pido el cuarto y quinto dedo de tu pie izquierdo, nada grave. Andarás un poco cojo los primeros días, pero nada más. A cambio, la estabilidad económica, y aún protestas. A ver qué otra compañía ofrece algo así. Con eso yo quedo convencido de tu compromiso con mi empresa y me das la satisfacción de cumplir con mi afición por las gastronomías alternativas. Por el amor de Dios, ni que te hubiese pedido que matases a alguien. Habría preferido que fuese, como digo yo, tiras de bacon, pero eres demasiado delgado para eso. Una lástima.

Se siente al borde del desmayo. No podrá volver a correr, seguramente, pero va a tener un trabajo fijo, su más profundo objeto de deseo.



—De acuerdo, haré lo que usted diga. Mañana iré por ahí.

—Así me gusta. Ven antes de las diez para que a Lisardo le dé tiempo a preparar todo con calma, y no olvides tu certificado médico conforme no tienes nada raro. No quiero coger cualquier cosa que me deje tumbado.

Antonio vomita violentamente por la barandilla del puente. Entre sus arcadas recuerda la vieja lección de historia y no puede evitar que una risa de loco salga en medio de la bilis.

—La evolución del trabajador —dice fuera de sí, apoyado en las barras metálicas que lo separan de la caída al río—: gorilas amaestrados, colaboradores y, finalmente, aperitivo del patrón. La hostia. Estoy en la categoría de las anchoas y las aceitunas —concluye, llorando violentamente.

**Autora: M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón; Tui, Pontevedra, España.**

**Hyperespacio Andrómeda. [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)**

**Relato inédito.**

-----  
La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la obra "La evolución del trabajador" en nuestra web con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:  
-----

**Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.